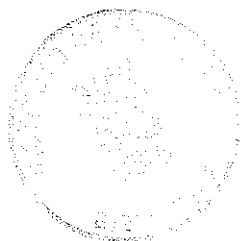


El capítulo de antigüedades en las historias naturales ilustradas

Fermín del Pino Díaz

Centro de Estudios Históricos C.S.I.C.



Aunque no haya tiempo de referirse en esta ocasión a todos los ejemplos que conocemos ya en el ámbito puramente hispánico, debemos mencionar unos cuantos casos de pasada para mostrar que existe un tipo de historia antigua relativamente común que procede del campo de la historia natural, más bien que de la historia erudita. Por el momento, los ejemplos más característicos que conocemos proceden de la Ilustración, incluyendo al menos los nombres de William Bowles, Antonio José Cabanilles, José de Viera y Clavijo, y Simón Rojas Clemente; a ellos habría que unir una serie de nombres de famosos jesuitas misioneros en América, que terminarían de exiliados en Italia como el padre Juan Ignacio Molina (de Chile), el padre Juan de Velasco (de Ecuador), padre Francisco Javier Clavigero (de México), etc.

Desde su nuevo destino europeo, terminaron todos ellos dedicando su producción intelectual a debatir con los filósofos naturales —principalmente con Buffon— a propósito de la historia natural y la prehistoria del Nuevo Mundo, que ellos consideraban menospreciada, o al menos poco conocida, de tales autoridades científicas. Es lo que Antonello Gerbi denominaría «la disputa del Nuevo Mundo». A estos jesuitas tardíos, ampliamente leídos en Europa e incluso protegidos mediante subsidios de la Monarquía española (a pesar de haber decidido antes exiliarlos) habría que sumar en forma de precedentes dos eximios americanistas como, el padre José Gumilla (valenciano, misionero en Venezuela) y, sobre todo, el ilustre marino y científico don Antonio de Ulloa: el primero de ellos muere antes del exilio (en 1750), y constituirá un ejemplo notable de jesuita geógrafo y etnógrafo en el área difícil del Orinoco, y el segundo será la figura más conocida en Europa de nuestra Ilustración a mediados del siglo XVIII. A él dedicaremos fundamentalmente nuestra

comunicación, tomándolo como muestra del tipo más general a que hemos aludido.

Efectivamente, aunque nos refiramos ahora principalmente a la obra de Ulloa, lo que pretendemos presentar en esta comunicación no es un caso particular ni excepcional, sino más bien un *fenómeno relativamente general*. Se trata de un género de historias naturales que incluyen estudios arqueológicos y de historia antigua. Pero no se afilian al tipo de las historias eruditas, nacidas alrededor de recolectores de objetos antiguos y de viejos papeles, sino de otra que se consagra a gabinetes de curiosidades, y que es producto de viajes al campo, al estudio monográfico de regiones nuevas. Son un resultado del tipo de historias naturales y morales, a que dio lugar la Contrarreforma católica, al aplicar la filosofía de Aristóteles a los nuevos mundos, y querer informarse enciclopédicamente de cuanto nuevo se ofrecía a sus ojos. Puede decirse que es la segunda de las dos arqueologías a que se refiere el conocido texto de Robert J. Braidwood en 1960:

«Algunos arqueólogos, al escribir sobre la historia de esta rama del saber, hablan de dos arqueologías bien distintas y separadas. Según ellos, la primera surgió en el gran renacer de la curiosidad intelectual, el Renacimiento, que desde Italia se expandió por el resto de Europa hacia el año 1400 aproximadamente. Esta curiosidad intelectual tuvo como foco particular de interés la antigüedad griega y romana y los territorios bíblicos [...].

»La segunda corriente de la arqueología, que cabe como alternativa, parece haber nacido hace poco más de cien años, como parte de una gran oleada de entusiasmo por las ciencias naturales [...] Las preguntas que estos hombres se formularon fueron: Si hubo una evolución biológica natural ¿por qué no ha de haber también una evolución social? ¿Y no será posible que existan aún, en lugares recónditos del mundo, fósiles sociales vivientes? ¿Podemos encontrar estos fósiles de la evolución social al excavar los restos de pueblos que habitaron zonas ajenas al ámbito clásico o bíblico? [...]

»Estoy convencido de que, en realidad, estas dos corrientes del saber nunca estuvieron separadas por completo [...] los caminos que conducen a este conocimiento se encuentran, para los dos enfoques mencionados, en las cosas que el hombre hizo y construyó, y que podemos descubrir gracias a la excavación, y a veces simplemente mediante los viajes y la atenta observación de las colecciones expuestas en los museos o al aire libre.» (G. Daniel, 1967: 18-20.)

Escritos de Ulloa sobre historia antigua y arqueología

Por hoy, como ya anunciamos, nos conformamos con elegir al último autor de todos los citados, a Antonio de Ulloa, un joven teniente de marina educado en San Fernando, y enviado por la Corona española para acompañar a los académicos franceses Godin, la Condamine y Bouguer a la medición del meridiano ecuatorial americano. Su estancia de 10 años en la América surpaciífica (1735-44) va a complementarse pronto con una intendencia en las minas peruanas de Huancavelica, luego en la Florida y finalmente en el propio virreinato mejicano. Como resultado de su larga experiencia americana, se les ofrecerá la oportunidad de ejercer funciones de alto nivel científico en Europa, y sobre todo, alienta con Jorge Juan y Bowles una «Real Casa de Geografía y Gabinete de Historia natural», del que derivarán posteriormente muchas instituciones españolas. Y sobre todo, escribirá dos obras con gran interés para la historia antigua y la arqueología. Nos referimos a la *Relación histórica del viaje a la América meridional* (1748) y sobre todo a las *Noticias americanas* (1772).

Creo que solamente con Ulloa tenemos bastante para ejemplificar a este tipo de viajero naturalista que con la mera observación de colecciones de museo, o de la contemplación más o menos detenida del paisaje y de algunas ruinas, se plantea preguntas científicas acerca del carácter fósil de la naturaleza observada, e incluso de las instituciones sociales anejas a los restos humanos, todavía «sobrevivientes» en sociedades primitivas contemporáneas. Esto retrotrae temporalmente un poco la visión normal de esta arqueología naturalista, como nacida en el s. XIX alrededor de la obra de Darwin, según señalaba Braidwood en el texto recién citado. Creo que esta tradición, más bien ilustrada por otra parte, se remonta en gran medida al Renacimiento, al igual que la tradición erudita de la otra arqueología, y en particular hay que buscarla en los trabajos naturalistas y etnológicos realizados en el s. XVI ante las culturas americanas.

Pienso que bastará por ahora, para cumplir este primer compromiso con mis colegas los historiadores de la arqueología y la historia antigua, si en esta ocasión aprovecho la obra de Ulloa principalmente para dos cosas, a saber: caracterizar los contenidos de estas antigüedades ilustradas, y conectar estas tradición ilustrada con el Renacimiento.

Mi interés por la obra de Ulloa comenzó siendo simplemente americanista, ya que él es autor con Jorge Juan de unas *Noticias secretas de América*, publicadas en el siglo XIX en inglés y con alteraciones, que han hecho correr mucha tinta en la historiografía americanista, ya que en ella se basaba en gran parte la opinión generalizada sobre el funcionamiento interno del virreinato peruano al comienzo del período ilustrado. Recientemente, el profesor Luis Ramos ha publicado en la colección americanista del CSIC dedicada al V Centenario (Ramos, 1985) lo que consideramos hoy una edición definitiva de esta obra, utilizando los diferentes manuscritos conservados, y contextualizando en un estudio extenso la obra para concederle el valor historiográfico que en su opinión le corresponde. A la luz de sus esclarecimientos, parece que no se trata tanto de un informe riguroso, propio de un naturalista que ha pasado 10 años en América como científico oficial, sino de un alegato contra la política colonial del reinado anterior, que el nuevo Gobierno de Fernando VI se proponía usar como legitimación propia.

Ahora bien, hay otra obra de Ulloa que se suele citar menos y que sin embargo sí representa bien el producto de su larga experiencia americana. Nos referimos a *Noticias americanas*, publicada en 1772 y reimpresa en 1792, en vida del autor, después de dos traducciones europeas (alemana y francesa). Al contrario que la anterior, apenas ha tenido uso actual, y no tenemos otra edición castellana disponible que una argentina de 1944. No ha tenido la suerte, que su otra obra famosa, la *Relación histórica del viaje a la América meridional (1748)* que ha sido beneficiada de una edición facsimilar reciente en la Fundación Universitaria. También nos referiremos brevemente a esta obra, dividida en dos partes, al final de las cuales contendrá un tratadito de arqueología e historia antigua.

Aunque no sea el momento sino de mostrar suficientemente sus estudios de antigüedades, sí debo decir dos palabras sobre el contenido de sus dos obras principales con interés arqueológico. La *Relación histórica* de 1748 se divide en dos partes, cada una de ella con dos tomos, ordenados en sentido cronológico. El primero narra el viaje de España a Quito en 1735, el segundo describe la audiencia de Quito y los trabajos geodésicos emprendidos con los académicos franceses, de 1735 y 1744. Al final de este segundo tomo se ocupa de los edificios

religiosos y civiles de la antigüedad hallados en este territorio ecuatoriano, conquistado finalmente por los Incas. A lo cual titula así como cap. XI y final del mismo: «Monumentos en la jurisdicción de Quito de los antiguos indios: obras de mano, que se conservan todavía trabajadas por ellos, y algunas noticias curiosas de piedras, que se hallan en minerales». El tercer tomo se ocupa del viaje desde Quito a Lima, y el recorrido de las costas meridionales del Pacífico americano en persecución de marinos ingleses (Anson, principalmente), y el cuarto tomo recoge los incidentes de su viaje de regreso a Europa en 1745, en que cayó preso de los ingleses, en guerra con Francia y España, para ser finalmente reconocido como miembro por la Royal Society de Londres.

Es al final del libro donde se ofrece como colofón de la obra «un Appendix de la chronología de los Monarcas, que el Perú ha reconocido desde el primer Inca, Manco Capac, hasta el Rey Nuestro Señor don Fernando VI [en que] incluye una noticia de los más notables sucesos acaecidos assi en tiempo de los Emperadores Ingas, como después» (1748, primera Parte, Prólogo). Quizá deba añadir que con esta publicación oficial, lanzada a bombo y platillo e «impresa de orden del Rey nuestro señor», se quería dejar en buen lugar la participación española en la expedición famosa de los académicos franceses: se trata por tanto de una empresa oficial, que con la excusa de un libro de viajes, no deja de ponderar ninguno de los esfuerzos científicos realizados a lo largo de 10 años de trabajos al servicio público.

En la segunda obra hay un contenido más importante de antigüedades americanas, que se ofrece como principal información junto a la historia natural y geografía americanas. Aparentemente, se trata de una publicación que quiere llegar al gran público y que, frente a la anterior, aparece como una «obra de entretenimiento». Así lo dice el propio autor, en la Introducción:

«La presente obra está dividida en **Entretenimientos** [así efectivamente se titulan los 22 capítulos de la misma], cuyo título se les ha dado por interesar la curiosidad, al paso que dan instrucción: siendo regular esto en los asuntos que tratan de materias de Física, y de la Historia de los pueblos, las cuales se hacen gratas a los lectores por las luces que les ministran [i.e., proveen] de las cosas poco conocidas» (1944:8).

A pesar de esta entretenida forma de ofrecer la información, se trata en realidad de un libro más científico incluso que la *Relación histórica*: más denso, sin apenas narraciones, con unos planteamientos más filosóficos, etc. De los 22 capítulos hay 15 en que se trata propiamente de historia natural y física (orografía, clima, vegetación y fauna, hidrografía y minas), y el resto está dedicado a lo que entonces se llamaba todavía al modo aristotélico la «historia moral»; es decir, a los indios del pasado y del presente. Propiamente, a los indios presentes se dedican los caps. XVII («De los indios de las dos Américas, y de sus costumbres y usos»), XVIII («del caracter y costumbre de los Indios, con la comparación de unos con otros») y XIX («de la religión de los Indios, de sus entierros, de su diseminación, y de las castas de Mestizos»). El resto de los capítulos de historia moral van dedicados a los indios del pasado: el XX da «noticia de las antigüedades de los Indios, y de las cosas que se conservan de ellos», el XXI explica históricamente «algunas obras de los Indios para su precisos menesteres, y algunas figuras a manera de ídolos, o dixecillos», y el cap. final XXII trata «sobre el idioma de los Indios, y juicio del modo en que es regular que se poblasen las Indias». En forma de engarce entre la his-

toría natural y moral, se ocupa curiosamente Ulloa «de los fósiles, y particularmente de las petrificaciones».

Doble papel 'mediador' (taxonómico y teológico) de los fósiles

Puede parecer poco significativo que se ocupe de los fósiles en el cap. XVI, después de dedicar 4 caps. más al estudio de las minas, y antes de tratar en 6 caps. finales de los indios. En realidad, se trata de un hábito disciplinar de los naturalistas, que heredaron de Aristóteles y de Plinio un cierto orden expositivo, sorprendente pero que no era nada caprichoso, como nada intrínsecamente puede serlo en la filosofía aristotélica: cada grupo de la naturaleza funciona como una parte de un organismo, engrazado con los demás en una especie de «cuerpo místico». Es lo que se llamaba la «gran cadena del ser», que unía en las historias naturales a todos los seres. Como un ejemplo señero en las historias americanas escritas por nuestros humanistas veamos cómo justifica el jesuita P. Acosta en 1590 el orden en que va a dividir su famosa *Historia natural y moral de las Indias*:

«Habiendo tratado en el libro precedente de lo que toca a elementos y simples [es decir del aire, agua, tierra y fuego, que de ese esquema *helénico de la naturaleza* se vale para hacer su introducción geográfica a la historia natural], lo que en materia de Indias nos ha ocurrido, en este presente trataremos de los compuestos y mixtos [es decir, de los organismos a que dan lugar los elementos de la naturaleza], cuanto al intento que llevamos pareciere convenir. Y aunque hay otros muchos géneros, a tres reduciremos esta materia, que son metales, plantas y animales.

»Los metales son como plantas encubiertas en las entrañas de la tierra, y tienen alguna semejanza en el modo de producirse, pues se ven también sus ramos y como tronco de donde salen, que son las vetas mayores y menores, que entre sí tienen notable trabazón y concierto, y en alguna manera parece que crecen los minerales al modo de plantas, no porque tengan verdadera vegetativa y vida interior, que eso es solo de verdaderas plantas, sino porque de tal modo se producen en las entrañas de la tierra por virtud y eficacia del sol y de los otros planetas, que por discurso de tiempo largo se van acrecentando y cuasi propagando.

»Y así como los metales son como plantas ocultas de la tierra, así podemos decir también que las plantas son como animales fijos en un lugar, cuya vida se gobierna del alimento que la naturaleza les provee en su propio nacimiento. Más los animales exceden a las plantas, que como tienen ser más perfecto, tienen necesidad de alimento también más perfecto, y para buscallo le dio la naturaleza movimiento, y para conocerle y descubrirle sentido.

»De suerte que la tierra estéril y ruda es como materia y alimento de los metales; la tierra fértil y de más sazón es materia y alimento de plantas; las mismas plantas son alimento de animales, y las plantas y animales alimento de los hombres, sirviendo siempre la naturaleza inferior para sustento de la superior y la mente perfecta subordinándose a las más perfectas.» (1590, IV:1)

Deben disculparme una cita tan larga, pero he querido con ella trasladarles al cosmos que veían los naturalistas europeos al comienzo de la modernidad, cuando decidieron ocuparse sistemáticamente del Nuevo Mundo. Nada hay mejor que una cita para reflejar el pensamiento de una época, a condición de que sea representativa. Y ningún autor es más representativo de la línea intelectual que antecede a Ulloa, y con la cual Ulloa enlaza para escribir sus *Noticias americanas*: Acosta es el Plinio del Nuevo Mundo, según gustaba decir de él apologeticamente el P. Feijóo, y según respetaba a fin de siglo el propio Alejandro de Humboldt.

A él hemos dedicado un grupo de trabajo de nuestro departamento americanista del Centro de Estudios Históricos nuestra atención, durante un seminario de 1985-86, que esperamos dar a luz en el próximo año: porque de él parte una corriente de naturalistas españoles que se ocupan del Nuevo Mundo, y hacen tratados de etnología en libros de historia natural, sin que vean en ello una solución de continuidad entre el mundo natural y el cultural o humano. Es posible que debamos proseguir nuestro estudio aplicándolo a autores de otros países en esta escuela «de historia natural y moral», ya que *no se trata solamente de una escuela española*, sino posiblemente de un género científico que haya trascendido las fronteras españolas y las mismas del s. XVI, para aplicarse por todo el antiguo régimen a los tratados que se ocupan monográficamente de todos los nuevos mundos descubiertos por los europeos. Posiblemente lleguen hasta los naturalistas ilustrados, que traen a España el mensaje de la nueva ciencia, la Botánica. Tal es el caso de Linneo y sus discípulos, que estaban, como se sabe interesados tanto en plantas como en minerales y animales, y que hicieron contribuciones etnográficas curiosas (Linneo sobre Lapones, por ejemplo).

Ello tiene que ver bastante con la arqueología, y explica la manera particular cómo son tratadas las antigüedades en estos textos clásicos. Por ejemplo, a propósito de los fósiles, hay un parecido entre Ulloa y Linneo, que no puede explicarse sino por la corriente común de historia natural y moral a que pertenecen: por eso, Linneo cataloga al hombre dentro de la naturaleza, de un modo mucho más atrevido que Buffon —que no se atreve a tanto, por miedo a contradecir las sabias enseñanzas de la Iglesia—, porque es fiel a esta tradición escolástica, para la cual el concepto de especie da tantos resultados taxonómicos. Quizá merezca la pena que conozcamos otras consecuencias a que dio en Europa el sistema escolástico, antes de quedarse simplemente como un obstáculo epistemológico para el avance del método experimental, como lo han presentado sus impugnadores modernistas: en esta línea ya se ha avanzado un poco en el campo de la historiografía de la ciencia. Pues bien, para terminar con esta aparente digresión, es sorprendente que para Linneo, como para Ulloa, los fósiles pertenecen al orden mineral, no al animal. Aunque sirven como de nexo de unión entre ambos, y por eso son colocados en orden expositivo entre los minerales y los animales. Al tratar del tema ilustrado de los fósiles —y tras señalar su importancia para la revolución de la historia antigua—, Georges Gusdorf no puede entender la profunda significación de esta taxonomía linneana y su relación con la tradición aristotélica, ocupado quizá como está en defender a Buffon de la competencia linneana por el liderazgo europeo de la ciencia ilustrada (Gusdorf, 1972: 329-335).

No hay tiempo ahora para detenerse mucho más en los fósiles, pero es útil señalar que también para Ulloa constituye un problema la decisión de incluir a los fósiles como minerales o como animales, al igual que para Linneo. En realidad, el capítulo de los fósiles está dedicado principalmente al debate sobre la existencia de las huellas del diluvio en América: un problema en parte geológico y en parte teológico y bíblico, como se sabe. Como él mismo reconoce:

«Entre las ocupaciones de los Historiadores y Anticuarios ha sido de las que más han llenado su atención el descubrir señales del Diluvio, que no se pueden equivocar con otros casos posteriores». (1944: 230)

No debe tomarse como cuestión sin importancia la discusión de las huellas del Diluvio, que para algunos solo

tiene interés como obstáculo *epistemológico* (Gusdorf, 1972, *ibidem*). Por el contrario, la manera como se lidió con el tema del diluvio es sumamente interesante, ya que en la superación de este obstáculo es como se prepararon los informes, los métodos y las teorías que luego habrían de aplicarse a la explicación de los fósiles y de las etapas primitivas del hombre. Aunque no haya tiempo, y aunque deba yo también reconocer la pesadez de algunos debates incluidos en este capítulo de Ulloa —como de otros tratadistas del período, que tan bien analiza Horacio Capel (1985, *passim*)— quiero declarar aquí la sorpresa que he sentido por la finura argumental y la cantidad de información que trae Ulloa a colación para defender la tesis del diluvio universal, usada como explicación de la presencia de las conchas y arborizaciones marinas en la altiplanicie andina, que pudo testimoniar en las dos estancias suyas en la zona. De esas elucubraciones, y dada la mayor elevación del sistema andino sobre el europeo, deduce la mayor antigüedad geológica del Nuevo Mundo respecto al Viejo (1944: 236-237).

Para terminar con los fósiles, importa ahora destacar que al final del capítulo se plantea algo mejor que el diluvio —aunque igualmente anfibio, desde el punto de vista taxonómico—, a saber la procedencia natural o humana de unas pirámides que hay que en el llano peruano de Paucara, cerca de Huancavelica donde fue durante unos años intendente de las minas: son demasiadas y demasiado perfectas las tales pirámides para que sean humanas, pero su comparación con las pirámides egipcias le hace pensar en su parecido, y su posible relación cultural histórica; también usa sus conocimientos de las *guacas* o enterramientos antiguos en el reino de Quito, así como las ruinas de Sacshuamán, en Cuzco, para sacar conclusiones interesantes. El interés de la discusión, decidir si son obra natural o humana, es de índole típicamente naturalista y posiblemente intranscendente para la arqueología, pero le lleva a razonamientos y comparaciones llenas de interés para la historia antigua, no solamente para la geología.

Ulloa y la Historia antigua del hombre americano: Méritos y limitaciones

Ulloa no está interesado solamente en la historia natural antigua, sino también en la historia antigua humana, y de eso tratan los tres caps. finales del libro, del XX al XXII. Al comienzo de los mismos hace un planteamiento de lo que debe incluirse como antigüedades humanas, objeto de análisis:

«Las memorias de los Indios del Perú, anteriores a su conquista [europea] se conservan en las poblaciones, edificios o muros en las guacas o entierros, y también en aquellas cosas que les eran de propio uso, como son herramientas o instrumentillos de que se servían para hacer sus obras, y en las figuras de ídolos que al modo de dices acostumbraban; pero los que viven en su natural libertad por aquellas partes, y en las del Norte, no dan muestras de servirse, ni de fabricar con ningún fin figuras humanas ni de animales». (1944: 280)

Esta frase sirve bien aquí para explicitar el programa expositivo que va a seguir: hablará en los caps. XX y XXI de edificaciones, de herramientas y de figuras de ídolos. Es posible que se trate de los temas típicos de cualquier excavación arqueológica. Cada una de ellas, Ulloa las va tratando de modo sistemático, dividiendo los ejemplares americanos en varios niveles de desarrollo técnico: por ejemplo, en las edificaciones distingue entre las simples cabañas o chozas, que son generales al hombre primitivo

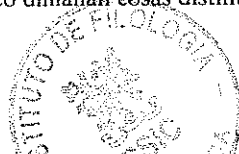
americano, los poblados típicamente peruanos anteriores a la conquista inca, y los edificios públicos construidos por éstos, en particular los de Pachacamac, una ruina en el valle costero de Lurín, a cinco leguas de Lima (con funciones complejas como palacio, fortaleza o templo). Debe destacarse aquí la sistemática de su exposición, que consiste en una descripción detallada en que se distingue la materia de fabricación, el lugar particular, la magnitud, y las dificultades a vencer. Para Ulloa, importa mucho la dificultad técnica que revelen los edificios, porque ello indicaría el nivel civilizacional alcanzado en el Nuevo Mundo.

Aquí es donde un arqueólogo, y sobre todo un etnólogo, tiene objeciones para hacer a Ulloa, en cuanto que mantiene una actitud muy prejuiciada hacia la capacidad cultural del indio americano en general, y en particular a los no peruanos. Véase la muestra de esta frase antipática, que bien merece ser recogida como monumento a la «disputa del Nuevo Mundo», enfrentando a peninsulares y criollos. Refiriéndose al final del capítulo XX a la mayor o menor habilidad de las edificaciones amerindias, sugiere distinguir entre capacidad técnica —que concede a los peruanos, y especialmente a los incas— y capacidad teórica, que escatima absolutamente.

«En la raza de los Indios es necesario distinguir los actos y operaciones del entendimiento de los que son de pura manipulación e industria: o por otro modo de aquellos en que trabaja en discurso de los que sólo se terminan a los sentidos; en los primeros son totalmente negados, torpísimos, y sin discernimiento ni comprensión [...] lo propio sucede en los asuntos de religión: oyen con serenidad quanto se les dice; pero ni se les imprime, ni causa en sus ánimos novedad [...] Las cosas aparentes y actos exteriores ocupan todo su cuidado, y son en algunas obras industriales; pero esto no es particular, ni arguye las mayores luces del entendimiento; pues de los animales se ve que disponen las obras para la conveniencia con tanta delicadeza, que trabaja el discurso de los hombres en imitarlas, y nunca lo consiguen con la perfección que ellos las hacen». (1944: 293)

Merece la pena analizar la ideología ilustrada, desde la cual enfoca Ulloa el estudio de las antigüedades humanas en América, como lugar en donde anida un tipo de humanidad primitiva, con excepción de algunos pueblos civilizados como los Incas, a quienes precisamente por esta distancia cultural se les considera provenientes del exterior, o al menos de otra oleada exterior distinta —y más noble—. Por un lado, se trata de una idea evolutiva de la humanidad, y por otra en realidad de una taxonomía segregadora y estática de la misma, como se ve. Pero esta materia no pertenece tanto al interés de la historia antigua y la arqueología, como a la antropología y la historia natural, interesada en tipologías generalizantes más que en secuencias históricas precisas. Como muestra, un botón del interés de este amplio terreno en Ulloa, que merece un estudio aparte:

«El conocimiento de los diversos pueblos de la tierra, sus usos, constumbres e inclinaciones, ilustra el entendimiento, dando luz de lo que se diferencian entre sí: unos inclinados a la mayor cultura, y al adelantamiento de las luces naturales, y de la razón; otros declinando al estado de la mayor ignorancia en la vida inculta y animal [...] y que no son todas iguales, aunque en la estructura son parecidos, con la diferencia de algunas alteraciones que se notan [...] según los varios parages, regiones y lugares que habita; y dando a entender al mismo tiempo, que de un principio único dimanaron cosas distintas en los accidentes, sin que se



cambien, o se altere la esencia: al modo que en lo reducido de las familias no se verifica semejanza perfecta, saliendo los que la componen de un mismo tronco». (1944: 6)

He seleccionado esta cita del comienzo de la obra para que se observe el talante de un naturalista, reforzado en su gusto por lo abstracto el hecho de su formación en la Física. En este aspecto, puede ser menos interesante para los profesionales de la Historia antigua y la Arqueología, aunque parte de esta disciplina se ha formado de estos «materiales» de origen naturalista. Pero, como otros naturalistas, Ulloa incorpora en sus trabajos detalladas descripciones típicamente arqueológicas, y realiza medidas e inferencias que reconocerían como propias los arqueólogos actuales. En ello abundan más unos capítulos que otros, y en este sentido los idóneos para leer son el XX y XXI, dedicados específicamente a la arquitectura, tecnología y esculturas americanas, particularmente peruanas (por ello hay huella tanto en esta obra de 1772, como en su antecesora ya citada, la *Relación histórica del viaje* de 1748). Por ejemplo, a propósito de los edificios peruanos más nobles (los palacios y templos) es curiosa la sistemática descripción que somete al templo-palacio-fortaleza de Pachacamac:

«15. En todo esto se ofrecen varias cosas que notar, y son los adobes de que están hechas las obras, la elevación de los parages, la magnitud que les dieron, y las dificultades que vencieron para conseguirlos.

»16. Los adobes son de distinto tamaño que los regulares, pues tienen dos tercias de largo, media vara de ancho, y una cuarta de grueso. La tierra de que se hicieron fue preciso llevarla del valle [...] su composición es tierra y arena, pero sin estar cocidos son de una dureza como piedra [...] lo cual da a pensar que tuvieron algun particular método de trabarlos para que se endureciesen sin abrir rajadas, cuyo secreto se ignora al presente [...].» (1944: 286)

Y no sólo describe objetos de origen físico, sino también de origen natural y humano, con detallismo y curiosidad arqueológica:

«20. Descúbranse entre las mismas ruinas y en las demoliciones que se hacen osamentas de cadáveres en bastante porción, y muchas de las calaveras, conservando todavía el cabello, pedazos de vasijas de aquellas que eran de su uso, y entre estas cosas una gran red rota y consumida por partes, que a lo que reconoce serviría para pescar, cuyo hilo es de pita, siendo estas cosas lo único que ha quedado de las muchas piezas de alguna curiosidad, y de otras de valor que han sacado los que han tenido la ocupación de deshacer los edificios, cuyo embeleso aún no ha cesado, ejercitándose en él de tiempo en tiempo algunos que se aplican a continuar la demolición.» (1944: 288-289)

Es evidente que ha observado este yacimiento con curiosidad y afición, y que tiene sensibilidad para interpretar huellas, y para quejarse del destrozo de los destripatumbas, lo cual hace en varias ocasiones en esta obra y en la de 1748. Esta valoración de los yacimientos se nota desde el principio, cuando hace declaraciones generales de método:

«Las memorias de la antigüedad son las demostraciones verdicas de lo que fueron las gentes en los tiempos a que se refieren [...] sin los monumentos, que, sin embargo de la ruina de los tiempos, se conservan en alguna parte, no habría documentos formales por donde inferirlo.» (1944: 7)

Pero no se trata solamente de declaraciones de principio, sino de conocimiento específico, como en la p. 228

alude al envío de varios sabios por el Rey de Dinamarca «no hace muchos años [...] para que pasasen al Asia y parte de Africa, y corriéndola por todas partes, examinasen prolixamente una serie de asuntos de la antigüedad, cuyo catálogo componía un volumen de bastante bulto», de lo cual dieron noticia a las Academias europeas. Aunque luego no se pudo saber el resultado «por haber experimentado la desgracia de morir en ella los comisionados, a excepción de uno que pudo escapar del rigor de las intemperies y de las grandes fatigas que experimentaron en este encargo». Ulloa se queja en este capítulo sobre los fósiles que América española no haya gozado de esta protección oficial a las ciencias, aunque ya habían contratado al discípulo de Linneo en 1754 —Loefling, que va al Orinoco con la expedición de límites de Iturriaga—, y lo acababa de solicitar sin éxito su continuador español, José Celestino Mutis, en 1763. En 5 años más se aprobaría la expedición peruana de Ruiz y Pavón, —1777—, a la que seguiría la de Mutis —1783— y luego la de Sessé y Mociño en Méjico —1787.

En todas estas expediciones ilustradas no se han estudiado bien los trabajos de historia antigua y arqueología realizados, aunque se conocen las excavaciones en ruinas del tiempo maya clásico acometidas en Palenque, por encargo real, y proseguidas luego por el capitán Guillermo Dupaix, estudiadas por el profesor Alcina, su editor (F. del Pino, 1988). Y también son bien conocidos los estudios en la costa norte del Perú por el arzobispo ilustrado Martínez Compañón: de ambos hay huellas cerámicas en el Museo de América, estudiadas por su conservadora, la Dra. Paz Cabello. Algo peor se conocen las realizadas en las expediciones naturalistas de Ruiz-Pavón, Mutis y Sessé-Mociño, y casi nada las llevadas a cabo en la gran expedición náutica de Malaspina. Pero, al menos en esta última, puede citarse una carta del director de la expedición, entonces simple capitán de fragata, al ya Teniente General de la Armada D. Antonio de Ulloa, pidiéndole consejos. De ella sólo tomaremos el comienzo y el final, por lo sumamente expresivos para nuestro interés arqueológico actual:

«Excmo. Sr. D. Antonio Ulloa: Al momento de haber recibido la orden de S. M. para encargarme de un viaje marítimo y científico alrededor del mundo, conocí evidentemente que la parte más difícil de esta comisión, a V.E. más bien que a mí se había confiado. Sus vastos conocimientos, su verdadero amor al progreso sólido de las ciencias, y finalmente su bondad constante y casi paternal hacia mí, son otros tantos títulos que afianzan aquel concepto. Y así estoy seguro que V.E., no desdeñará el satisfacer a mis preguntas, que para mayor orden y menos molestia sujetaré en algunas cartas [...]

»20. Si el tránsito por tierra ó desde Valdivia, Concepción o Valparaiso hasta Lima es fácil, será muy útil y de sumo adorno para la comisión el hacer pequeñas cuadrillas que en las tierras inmediatas adquieran los posibles conocimientos, y con vistas dibujadas, con producciones naturales, con descripciones ya naturales ya geográficas, den á la obra aquel útil resalte que el curioso o el público no navegante suelen buscar en tales comisiones [...]

»21. Dígame, pues, V.E. cuál es el modo mejor y más expedito de verificar estos tránsitos, y cuáles son las indagaciones más oportunas que han de hacerse relativamente á las ciencias. Deben existir en los pueblos de la Ensenada de Arica diferentes rastros muy apreciables de antigüedad. El representarlos á la curiosidad europea con dimensiones y colores exactos fuera desde luego agradable, y tal vez no dejaría de ser útil.

»Acabo ya esta carta, cuya molestia no tuviera disculpa en mí si sus results no se refiriesen al bien público y al honor nacional: dos objetos que desde tanto tiempo ocupan

las útiles e incesantes tareas de V.E., cuya vida ruego a Dios guarde por muchos años.» (Novo y Colson, 1885: 6 y 8)

He querido respetar la longitud de la cita original para permitir que se viese la pequeña proporción que ocupó en este viaje alrededor del mundo la investigación arqueológica y de historia antigua, y al mismo tiempo para que se vea el espíritu desde el que se hacían tales investigaciones, mitad científico y mitad político. Hay que fijarse en el peso del honor nacional que rodea las actividades útiles (F. del Pino, en prensa). Por otro lado, los detalles amistosos de la carta obligan a explicar que Ulloa estuvo no solamente considerado por la Marina como el primer viajero ilustrado español, sino que en esta misión entraba también la arqueología. La amistad de Ulloa con Malaspina le llevó a probar antes que nadie la navegabilidad de las dos fragatas botadas al efecto, y es curioso que la muerte de Ulloa se produjese justamente el año en que retorna Malaspina y comienza su proceso político por obra del Príncipe de la Paz.

Me gustaría terminar expresando el deseo de que tales muestras ilustradas terminen aumentando en nuestras citas, y que dediquemos un espacio mayor a su estudio. La peor limitación de nuestra historia científica no sería que hubiese pocos ancestros en el campo que sea, o que fuesen de nulo valor. Lo peor es que nosotros no los conociésemos actualmente, o que nuestro conocimiento del mismo fuese de poco valor. Es seguro que un aumento de los profesionales actuales en este campo terminará descubriendo más ancestros. Y ningún premio está más obligado a mirar su antigua historia que el de la historia antigua.

RESUMEN

Se propone el estudio de algunas «historias antiguas» escritas durante la Ilustración, dentro del campo naturalista y geográfico cultivado en las expediciones científicas. Se destaca el caso de Antonio de Ulloa, como punto de unión entre el Renacimiento y los viajes ilustrados a fines del s. XVIII.

Dentro de la obra de Ulloa se tratan dos temas de especial interés, como los fósiles y el estudio de excavaciones en ruinas, por su articulación de la historia natural y la humana.

SUMMARY

We propose to study some «histories of antiquities» written during the eighteenth Century, which arose from the naturalist and geographical fields developed out of scientific expeditions. The example of Antonio Ulloa is analyzed as a meeting point between the Renaissance and the Enlightenment voyages at the end of the XVIII Century.

There are two topics of particular interest within Ulloa work, because they articulated natural and human history: the fossils and the excavation of ruins.

BIBLIOGRAFIA

- CABELLO CARRO, Paz (1983). «Coleccionismo americano y expediciones científicas del siglo XVIII en la Museología española». *Archivo per l'Antropologia et la Etmologia* (Firenze), vol. CXIII.
- CAPEL, Horacio (1985). *La física sagrada*. Madrid: CSIC/Serbal.
- DANIEL, Glyn (1967). *Historia de la Arqueología. De los anticuarios a V. Gordon Childe*. Madrid: Alianza Editorial.
- GERBI, Antonello (1977). *La disputa del Nuevo Mundo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- GUSDORF, George (1972). *Dieu, la nature, l'homme au siècle des Lumières*. Paris: Payot.
- NOVO Y COLSON, Pedro 1885. *Viaje político-científico alrededor del mundo por las corbetas «Descubierta» y «Atrevida» al mando de los capitanes de navío D. Alejandro Malaspina y D. José de Bustamante y Guerra desde 1789 á 1794. Publicado con una introducción por...* Madrid. Imprenta de la Viuda e Hijos de Abienzo.
- PINO DIAZ, Fermín (coordinador) (1988). *Ciencia y contexto histórico-nacional en las expediciones ilustradas a América*. Madrid: CSIC.
- Prensa «Utilidad y honor nacional en la política científica ilustrada». En la sesión sobre política científica del *Coloquio Internacional sobre Ciencia, Técnica y Estado en la España Ilustrada* (Real Jardín Botánico de Madrid).
- ULLOA, Antonio (1944). *Noticias americanas. Entretenimiento físico-histórico sobre la América meridional y la septentrional oriental, por... Comparación General de los territorios, climas y producciones en las tres especies, vegetal, animal y mineral. Con una relación particular de los indios de aquellos países, sus costumbre y usos, de las petrificaciones de cuerpos marinos y de las antigüedades. Con un discurso sobre el idioma y conjeturas sobre el modo con que pasaron los primeros moradores*. Estudio preliminar por Luis Aznar. Buenos Aires: Editorial Nova.